
NOVENO SERMON.

Estado actual del Catolicismo en la sociedad; necesidad de volver á él para la felicidad de los pueblos

*¿Ubi est ille?.... Si quis sitit,
veniat ad me, et bibat.*

(Joann. VII, 11, 37.)

Hoy es, Señores, el último dia que se me concede para hablar de lo que me propuse haceros ver durante estas piadosas y magníficas funciones. Siendo el último dia, es preciso presentaros la idea final, no porque la materia se agote, sino porque lo exige el término de estos santos ejercicios. La materia es inagotable, porque es Jesucristo, es su Religion, es su Iglesia en su poderosa influencia sobre el individuo y sobre la sociedad; y el Catolicismo, ha dicho con admirable exactitud un ilustre publicista, es un sistema completo de civilizacion, tan completo, que en su inmensidad lo abarca todo: la ciencia de Dios, la ciencia del ángel, la ciencia del universo, la ciencia del hombre. La humanidad entera ha cursado durante diez y nueve siglos en las escuelas de sus teólogos y de sus doctores, y al cabo de tanto aprender, hoy dia es, y todavía no ha llegado con su sonda al abismo de su ciencia (1). Yo no he hecho sino desenvolver el

(1) Donoso Cortés, *Ensayo sobre el Catolicismo*, lib. I, cap. 2.

plan general sin descender á los detalles: fuera preciso largo tiempo y mayores facultades que las mias para tan grandioso trabajo.

Antes, sin embargo, de concluir, debo ocuparme de un punto interesantísimo, que debiera haber entrado en mi discurso anterior, y su difusion me obligó á reservar para hoy. Despues de haber estudiado al hombre segun salió de las manos del Criador, y segun por el pecado se hizo él á sí mismo; despues de verle regenerado por Jesucristo, y de considerar el sublime término á que la Religion le conduce; despues, en fin, de examinar la obra del Catolicismo en la sociedad, y el cambio que en ella produjera su divina influencia, ocurre naturalmente estudiar el estado actual del mismo. Este estudio da un resultado en verdad poco halagüeño, y en demasía desconsolador; pero es preciso hacerlo: él nos descubrirá las llagas de la sociedad moderna, y haciéndonos conocer su origen, nos mostrará el remedio y la necesidad de su aplicacion. «Estado actual del Catolicismo; necesidad que tienen el individuo y la sociedad de volver sinceramente á él para encontrar el remedio de sus males, y perpetuar en él la paz y la felicidad.» Ved la idea que va á servir de término á mis discursos.

PRIMERA PARTE.

Creo inútil advertir, Señores, que al hablar del estado actual del Catolicismo, no versa la cuestion sobre su constitucion intrinseca. Sois católicos como yo, y sabeis que el Catolicismo es inmutable. Hoy es el mismo que era hace diez y ocho siglos; el mismo que será hasta

el fin de los tiempos. Para mudarse debiera cambiar la naturaleza de Dios y la del hombre, y esto no será jamás. El Catolicismo es Jesucristo, y su palabra y su acción perpetuada sobre la tierra; y Jesucristo, dice San Pablo, es de ayer, y de hoy, y de todos los siglos (1). Todo envejece, todo pasará y se mudará, le dice el Profeta, pero tú serás siempre el mismo; tus años no menguarán (2). Jesucristo mismo dijo de su doctrina: el cielo y la tierra pasarán, pero no mis palabras (3). Estas palabras son de vida eterna (4); son de verdad, y la verdad es eterna como Dios; son la ley de la virtud, y la virtud es el bien, eterno como la bondad infinita. Jesucristo ha dicho también hablando de su Iglesia, fundada sobre Pedro y sus sucesores: «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (5), porque yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo.» (6)

Y notad de paso, hermanos míos, que esta inmutabilidad del Catolicismo es una prueba evidente de su perfección intrínseca, y de la divinidad de su origen y de su doctrina. Lo que es mudable, se manifiesta imperfecto en sí, é impotente para llegar á su fin. Lo mudable no es esencial, es transitorio; lleva en sí el sello de la debilidad y de la volubilidad humana. Ningun sistema, ninguna obra del hombre está exenta de este defecto. Nacen, crecen, se desarrollan, envejecen y mueren como su autor. Lo que no muere es obra de Dios, y el Catoli-

(1) Hebr. XIII, 8.

(2) Id. I, 11, 12.

(3) Matth. XXIV, 35.

(4) Joann. VI, 69.

(5) Matth. XVI, 18.

(6) Id. XXVIII, 20.

cismo no muere. Más de diez y ocho siglos hace que se ve combatido por la fuerza, por el sofisma y por la corrupción, y hoy es tan fuerte como el primer día. En ese tiempo han cambiado todas las cosas; unas generaciones han pasado, y otras han ocupado su lugar; unos pueblos han llenado el hueco que dejaron otros pueblos; las formas de gobierno, los sistemas que pretenden explicar los misterios de la naturaleza, y desarrollar las ciencias físicas, y presidir al adelanto de las artes y la industria, nada ha podido resistir á la acción del tiempo: la Iglesia Católica no ha borrado un dogma de su Credo, ni un precepto de su ley, ni un artículo de su constitución. Es que no lo ha necesitado, ni lo necesita: con lo que es y ha sido siempre, lo explica todo, lo vivifica todo, y todo lo dirige sabia y fácilmente á su noble fin. En vano se le han pedido transacciones y alteraciones: bien las haya pedido el poder del César, bien la ciencia del filósofo, bien la corrupción de las masas, la Iglesia ha contestado siempre: «La verdad no transige, la virtud no se altera.» El hombre que en su orgullo quisiera poner algo suyo en esa grande obra, lo ha intentado mil veces, pero inútilmente: al instante ha sido arrojado de la Iglesia, dice Lacordaire, aunque haya sido el más elocuente de los escritores, como Tertuliano, ó el más elevado de los Obispos, como Nestorio, ó el más poderoso de los emperadores, como Constancio y Valente. Encontrad, si podeis, un hombre á quien la púrpura, ó el génio, ó el renombre de santidad haya servido de escudo contra los anatemas de la Iglesia, cuando ha osado rasgar con la herejía la inconsútil túnica de Cristo (1). La inmutabilidad es la raíz sagrada de la unidad, y esta

(1) Lacordaire, Conferencia 29.

es el secreto de la fuerza católica, es su corona, el hecho que el hombre no explica ni destruye. Tome el mundo el partido que quiera, ni la vida, ni la muerte se lo robarán al Catolicismo (1).

La cuestion del estado actual de este se refiere al exterior, á la sociedad, al aprecio que hace el mundo de la Iglesia, á quien lo debe todo. Entremos en el exámen de la cuestion, valiéndonos de la idea que nos suministra un hecho evangélico.

Entre las fiestas que celebraban los judíos, era una de las más solemnes la llamada de los Tabernáculos, en la que hacian memoria de la série de beneficios que habian recibido de Dios desde la salida de Egipto hasta su entrada en la tierra de promision. Jesucristo, que se presentaba públicamente en Jerusalem y en el templo en todas las solemnidades, cuando llegó esta, dice San Juan, lo hizo casi ocultamente, como de incógnito. Los judíos, acostumbrados á verle en semejantes ocasiones, se preguntaban unos á otros: ¿dónde está aquel? y habia murmullo, y se cuestionaba sobre él y sobre su doctrina (2). Todos los hechos evangélicos se reproducen en la historia del Catolicismo, perpetuacion de Cristo sobre la tierra, y este se reproduce ahora como el que más.

La sociedad, el mundo, que de la esclavitud y la barbarie ha pasado á la libertad y á la civilizacion bajo la égida del Catolicismo, iniciador del movimiento de regeneracion, y consumidor de la grande obra, celebra tambien con orgulloso aparato la fiesta de sus progresos, desenvuelve el cuadro deslumbrador de sus adelantos, publica con cien trompetas sus conquistas, é inventa cada dia nuevos medios de hacer ruidoso alarde de las

(1) Lacordaire, *Conferencia* 29.

(2) Joann. VII, II.

riquezas de su decantada civilizacion. A todos se convi-da para que se envanezcan de sus obras y recojan sus frutos, y reciban un título de honor; á la filosofia, á la ciencia, á las artes, á la industria, al comercio. ¿Y á la Religion? ¿Y al Catolicismo? ¡Ah, no! á él no se le convi-da, se prescinde de él, ó se le imponen condiciones que de ningun modo puede admitir: las de consentir en que se le tenga por institucion puramente humana, y de acomodarse á las exigencias de la filosofia moderna, de la política y de las pasiones; así como los parientes de Jesucristo segun la carne, no creyendo en su divinidad, le instaban á que subiese á la fiesta públicamente, y á que obrase en términos que atrayendo la gloria de los hombres, les diera á ellos mismos motivo para envanecerse al par de él (1). Ahora tambien, como entonces, se pregunta: ¿Dónde está aquel? Unos porque le creen vencido y desterrado de la sociedad; otros porque anhelan descubrirle para más y más conocerle, otros, en fin, porque quisieran abatirle, acabar con él como en aquella fiesta querian los Fariseos acabar con Jesucristo (2): y se habla, y se discute sobre su origen, sobre su mision, sobre su influencia y sobre su porvenir.

¿Dónde está, pues, el Catolicismo? ¿Qué lugar se le ha señalado? ¿Qué consideracion merece á la sociedad moderna? *¿Ubi est ille?* Al hacer esta pregunta, Señores, yo tiendo una mirada por el mundo; entro en las academias de los que se llaman sábios, y en los gabinetes de los que tocan con su mano los resortes de las naciones; pregunto á las artes y á la literatura, desciendo al seno de la sociedad doméstica; me introduzco en todas las

(1) Joann. VII, 3, 4.

(2) Id. id. I, 20, 32.

partes del gran cuerpo social, y no aparece á mi vista. Existe, sí existe, y presencia el banquete de la sociedad: veo en ella rasgos que me indican su influencia; pero no se descubre claramente. Está en el fondo, está casi oculto, como Jesucristo en el templo de Jerusalem. Oye que se disputa sin cesar sobre él, que hay una lucha continua entre los que le reconocen bueno, y los que le desprecian y le insultan, y permanece tranquilo como allá Jesucristo, afianzado en su carácter y en su poder divino.

La suerte del Catolicismo es siempre la misma de Jesucristo. Como éste, hace su tránsito derramando bienes, y como éste, recoge en premio la traicion, el insulto, el desprecio, la sentencia que le condena. Mientras la humanidad se ha reconocido enferma en su inteligencia, en su corazon y en sus intereses, le ha buscado, le ha pedido con instancia la salud: cuando ha creído haberla alcanzado, le desprecia, le desconoce y se aparta de él. Así obraron los diez leprosos que á voces le pidieron la salud, y á quienes curára Jesucristo subiendo á la fiesta de los Tabernáculos. Uno solo volvió para dar gloria á Dios, reconocido al beneficio; los nueve olvidaron al bienhechor, tan luego como recibieron la salud (1). ¿Es que la sociedad, que ha necesitado de la Religion para elevarse á la altura de la civilizacion, no la necesita para conservarse en ella? «Es un hecho pasado, se dice: ya no nos hace falta; las luces, los adelantos del siglo la hacen, cuando menos, inútil. El Catolicismo se queda atrás, nosotros pasamos adelante.» ¡Desgraciada sociedad, que te alejas del foco de la luz y de la vida! Tu suerte será la de la Sinagoga, que repudió á Jesucristo:

(1) Luc. XVII, 18.

Ecce relinquetur domus vestra deserta (1). Caerás piedra sobre piedra, pavorosas ruinas cubrirán tu suelo: como Babilonia destruida, serás la morada de las fieras y dragones (2), y ahullido que espanta, dirá sin cesar al caminante: hé aquí la obra del hombre; hé aquí la sociedad que no puso en Dios su ayuda, y confió tan solo en sus riquezas y en su vano poderío (3).

Descendamos, hermanos, al exámen más detenido de este estado del Catolicismo. Este exámen nos descubrirá el pago que le da el mundo. La filosofía, que al Catolicismo debe, segun la confesion de los mismos enemigos, el haber roto la cadena que la sujetaba á la tierra y no le permitia levantarse á la region del Infinito (4), la filosofía, que el Catolicismo encontró envuelta en los pañales de la infancia, y ha llevado á la perfeccion de la edad madura, desprecia ahora á la Religion, quiere sobreponerse á ella, pretende que se someta á recibir sus inspiraciones, y que se acomode á sus especulaciones. ¿No la vemos empeñada en someterlo todo á la razon y á los sentidos, y en negar la fe á cuanto no abarca en sus estrechos límites? ¿No la vemos negar el órden sobrenatural, porque no puede medirlo con su regla y su compás? ¿Qué es Jesucristo, Señores, qué es su historia? Preguntad á la Alemania filosófica y á los que siguen en nuestra pátria sus doctrinas. Jesucristo no ha existido, os dirán unos; su historia es un mito, es un ente ficticio, es una personificacion de la humanidad. Es un gran filósofo, os dirán otros, pero no un Dios (5).

(1) Matt. XXIII, 38.

(2) Jerem. LI, 37.

(3) Psalm. LI, 9.

(4) Voltaire, *Razon del Cristianismo*.

(5) Vide Perrone; *Tract. de Incarnat.*, p. 2, c. 1.